SINESIO DELGADO

LA MORAL EN PELIGRO

ZARZUELA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN DOS CUADROS, EN PROSA, ORIGINAL

MÚSICA DE

VICENTE LLEÓ

Representada por primera vez en el TEATRO DE ESLAVA
el día 24 de Septiembre de 1909.



MADRID
DON RAMÓN DE LA CRUZ, 21
1909

LA MORAL EN PELIGRO

ZARZUELA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN DOS CUADROS, EN PROSA, ORIGINAL

DE

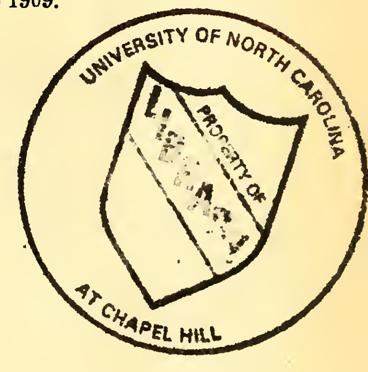
SINESIO DELGADO

MÚSICA DE

VICENTE LLEÓ

Representada por primera vez en el TEATRO DE ESLAVA
el día 24 de Septiembre de 1909.





MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1909



REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Margarita	D.ª Julia Fons.
Carmen	» Juana Manso.
Doña Narcisa	» Pilar Cárcamo.
Isabel	» Resurrección Quijano.
Salcedo	D. Antonio González.
Don Joaquín	» Ramón Peña.
Don Nicanor	» Manuel Rodríguez.
Un Camarero	» Emilio Stern.
Un Viajero	» Lorenzo Velázquez.

Coro de señoras.

La acción en un balneario. Época actual.

Derecha é izquierda las del actor, mirando al público.



ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Pasillo en la fonda de un balneario. Telón corto con tres puertas exactamente iguales, y sobre ellas, de derecha á izquierda, los números 19, 20 y 21. Es de noche y alumbra débilmente la escena una bombilla pendiente del techo en la parte central.

ESCENA PRIMERA

A poco de levantarse el telón se entreabre la puerta número 19 y aparece por la hendidura la cabeza de DOÑA NARCISA, rarísima y cuajada de papillotes. Luego UN VIAJERO.

NARC. ¡Camarero! ¡Juan! (Pausa.) Nada; es imposible que me oiga. Tendré que echarme una falda y bajar yo misma ¡Camarero! ¡Ay, Jesús! (Cierra la puerta de golpe. En seguida sale por la derecha un viajero, con maleta y portamantas, que cruza la escena tranquilamente. Cuando va á desaparecer por la izquierda vuelve á asomarse Doña Narcisa, que le dice:) ¡Caballero! ¡Chist! ¡Caballero!

VIAJ. (Deteniéndose.) Señora...

NARC. Hágame usted el favor de oirme sin volver la cabeza, que no estoy presentable.

VIAJ. (Volviéndose de espaldas á ella.) Usted dirá.

NARC. ¿Sale usted del establecimiento?

VIAJ. Sí, señora; y con mucha prisa, porque son

más de las cuatro y media y el tren se va á las cinco.

NARC. ¿Tendrá usted la bondad de dar un recado de mi parte al camarero de guardia? Porque estoy llamando hace una hora y se conoce que no suena el timbre

VIAJ. Lo haré con mucho gusto, señora.

NARC. Pues diga usted que preparen á escape una taza de te con unas gotas de anís y que la suban en seguida aquí, al número diez y nueve.

VIAJ. ¿Hay alguna novedad?

NARC. Que mi marido se empeñó en atracarse de langosta y está pasando la noche en un ¡ay! Pero no es ninguna novedad, porque siempre le pasa lo mismo, y eso que yo me canso de predicarle: ¡Nicanor, que no comas langosta! ¡Que no comas langosta, Nicanor!...

VIAJ. Bueno, bueno, señora; que el tren sale á las cinco. Me alegraré que no sea nada. (Vase rápidamente por la izquierda.)

NARC. Pero no se le olvide á usted el encargo, ¿eh? Y gracias. Aquí, al diez y nueve. Que lleve usted felíz viaje. Y que le sienten bien las aguas. ¡Allá voy, Nicanor, allá voy! (Vase y cierra.)

ESCENA II

SALCEDO que sale con exagerada precaución por la puerta del número 20. Trae el chaleco y la americana al hombro, las botas y un sombrerito de paja en una mano, y con la otra cierra tras sí cuidadosamente la puerta.

Música.

Salgo nervioso,
salgo asustado;
yo no me explico
lo que ha pasado.
Pero sospecho
que la impresión

va á hacer que enferme
del corazón.
¡Qué lance tan raro!
¡Qué extraña aventura!
Parece delirio
parece locura...
Ni sé si he soñado,
ni sé si he vivido,
¡ni á mí mismo me atrevo á contarme
lo que ha sucedido!
Entro en el cuarto
tranquilamente;
la luz enciendo,
veo que hay gente;
desconcertado
quiero escapar,
y por instinto
vuelvo á apagar.
Comprendo en seguida
lo grave del caso
y veo difícil
que salga del paso.
Pero en el silencio
recobro la calma,
y un diabólico afán de enterarme
me punza en el alma.
Siempre dispuesto
para un percance,
palpando á ciegas
doy un avance...
Y al fin mi mano
viene á caer
en los cabellos
de una mujer.
Procuro apartarme
temblando de miedo,
y en hebras de seda
confuso me enredo...
El desenredarme
no sé cómo ha sido,
¡ni á mí mismo me atrevo á contarme
lo que ha sucedido!

(Vase por la izquierda; pero á poco vuelve á salir y

cruza la escena corriendo. Con la precipitación de la huída se le caen el chaleco, la americana y las botas. Cuando vuelve sobre sus pasos para recoger todo aquello, aparece por la izquierda un camarero con un servicio de te, y se detiene á contemplarle socarronamente.)

ESCENA III

SALCEDO, UN CAMARERO; al fin DOÑA NARCISA

Hablado

CAMAR. ¡No! no se amontone usté, señor; que le he visto de sobra.

SALC. (Esto es lo que se llama caerse con todo el equipo.) (Serenándose y recogiendo tranquilamente sus prendas.) Bueno, y ¿qué ha visto usted de particular?

CAMAR. (Con mucha pachorra.) De particular no he visto nada. ¡Vaya, vaya, vaya, con el señor del número cuarenta!

SALC. Pero ¿es que se ha figurado usté algo malo?

CAMAR. No, señor; ¡qué me he de figurar! Usted dirá si son horas estas para andar por los pasillos en paños menores, como el otro que dice.

SALC. Ni éstos se pueden llamar paños menores ni el otro puede decir nada; porque aquí no ha habido más que una equivocación, para que usté lo sepa.

CAMAR. Si es lo que yo digo: que una equivocación, ó dos, ó tres, las tiene cualquiera... y que algunas veces no le pesan á uno.

SALC. ¡Y dale! Yo le aseguro á usté que no ando por aquí por lo que usté piensa.

CAMAR. ¡Pero si no pienso nada, señor!

SALC. Pues por si acaso. Sepa usté que lo que me ha pasado es muy sencillo: que he venido un poco tarde, que he subido la escalera distraído y que he entrado en este pasillo en vez de entrar en el de más arriba... ¡La cosa es bien fácil!

CAMAR. ¡Como que á mí mismo me pasa muchas veces!

SALC. ¿Ve usté? ¡Como que á usté mismo le pasa!

CAMAR. Lo que hay es que yo, cuando me equivoco de pasillo, no me quito las botas!

SALC. Es que... verá usté. Como me figuré que estaba en mi piso, confundí el número veinte con el cuarenta, y como se conoce que las cerraduras son iguales, entré, dí luz y me dispuse á acostarme. En esto caí en la cuenta de que aquélla no era mi habitación, apagué en seguida y salí á escape para que no se armara un alboroto y me tomaran por un ratero. ¿Eh? ¿Y ahora?

CAMAR. ¡Vaya, vaya, vaya! ¿Conque ha sido en el veinte? Pues ¡que los tenga usté muy felices!

SALC. ¿Cómo?

CAMAR. Quiero decir que sea enhorabuena.

SALC. ¿Por qué?

CAMAR. (Confidencialmente.) Porque la señora es de las que quitan el constipao.

SALC. ¡Ah! pero... ¿la que se aloja en ese cuarto es una señora?

CAMAR. Eso... usté tiene más motivos que yo para saberlo.

SALC. Camarero, no sea usté animal. Que le digo á usté que no he hecho más que entrar y salir y no he visto á nadie.

CAMAR. Bueno, bueno, bueno. Váyase usté al número cuarenta y que usté descanse. (Pasa delante de él y se detiene junto al número diez y nueve.) ¡Ah! pero haga usté el favor de vestirse del todo, porque yo sé lo que ha pasao, pero si se encuentra usté con otra persona...

SALC. Tiene usté razón. Es lo primero que he debido hacer. (Lo hace efectivamente, mientras el camarero llama con los nudillos en la puerta ante la cual se ha detenido.)

NARC. (Dentro.) ¿Quién es?

CAMAR. El te que ha pedido el señor del catorce para la señora del diez y nueve.

NARC. (Dentro.) Espere usté un momento.

SALC. (Mientras se viste.) (¡Una señora! ¡Ya lo creo que es toda una señora! Pero por la tontería de haber apagado la luz no sé de quién se trata. Y el caso es que ya no le puedo preguntar nada á éste.)

NARC. (Entreabriendo la puerta.) ¿Es Juan?

CAMAR. Sí, señora; Juan.

NARC. Alárgueme usté el servicio, pero volviendo á otro lado la cabeza.

CAMAR. (Obedeciéndola.) Ahí va. Que se alivie el señor.

NARC. (Cerrando la puerta.) Gracias.

CAMAR. ¡Que manía de que vuelva uno la cabeza en cuanto se pone los papillotes! Y la vuelve uno en cuanto la ve sin que ella se lo mande y aunque no se los ponga. (Medio mutis por la izquierda.)

SALC. (Acabando de vestirse.) ¡Ea, andando! Oiga usté, camarero.

CAMAR. ¿Qué hay?

SALC. Que no cuente usté á nadie lo de la equivocación, por si acaso.

CAMAR. No se apure usté, que de esas ha visto uno muchas. Y... ¿sabe usté lo que le digo, señor del cuarenta?

SALC. ¿Qué?

CAMAR. Que si en lugar de meterse en el veinte se mete usté en el diez y nueve... ¡la hace usté redonda!

SALC. ¡Je je! (Dándole un empujoncito cariñoso.) ¡Qué Juanito éste!

Músic a.—Mutación

CUADRO SEGUNDO

Plazoleta en el jardín del balneario. Arboleda frondosa. Bancos de madera.

ESCENA IV

MARGARITA sentada en el primer banco de la derecha. CORO DE SEÑORAS, que forman grupos de pie y en los restantes bancos.

Música.

CORO. Con aire fresco,
con agua pura
¿quién no se alivia?
¿quién no se cura?
UNAS. Desde que vine
duermo mejor.
OTRAS. Yo he recobrado
mi buen humor.
MARG. Y hay que decirlo todo con toda claridad;
aquí nos aliviamos porque hay más libertad.
TODOS. Acaso por ser libres tengamos más salud;
y es fácil que la fuente no tenga otra virtud
MARG. Seguramente
no hay en la fuente
ninguna gracia
medicinal;
pero es la vida
más divertida
con el pretexto
del manantial.
Con que dejarse de hipocresías,
y hablemos claro, señoras mías.
(Se levanta y se acerca á los grupos.)
Aquí venimos todas
en busca de aventuras

sencillas, inocentes,
idílicas y puras;
pero si alguna salta,
subida de color ..
habrá quien la aproveche
creyendo que es mejor.

COR. Después de todo, es fácil que diga la verdad, que aquí nos aliviamos porque hay más libertad.

MARG. En jiras y excursiones,
y en bailes y paseos,
por fuerza han de iniciarse
galantes devaneos,
y si resulta alguno
más comprometedor...
habrá quien lo aproveche
creyendo que es mejor.

MARG. Y COR. Aquí venimos todas
en busca de aventuras, etc., etc.

(Siguen hablando y riendo siempre en grupos. Sale Salcedo por el fondo izquierda y, avanzando entre ellas, examina atentamente á las señoras, saludando á algunas.)

ESCENA V

DICHAS y SALCEDO

Hablado.

SALC. Nada; no hay modo de enterarse. Y entre estas señoras está sin remedio la de anoche; pero... ¡vaya usted á adivinar! Me gustaría que hubiera sido aquella morena. (Señalando á una cualquiera.) Y por el... y el... vamos, que bien pudiera haber sido. Pero cualquiera se insinúa cuando ella tampoco sabe quién fué el que se atrevió á... ¡Si no se hubiera callado como una muerta!.. Y ¡qué rica era!, digo, ¡qué rica debe de ser todavía! Porque aquel cutis de terciopelo y aquellos encantos naturales no se pierden en una noche. (Se sienta en el primer banco de la derecha.) Claro es que ten·

go un medio muy fácil para salir de dudas, pero... ¡no me atrevo! Porque como el camarero, aunque haya callado el nombre, no habrá callado lo demás, en cuanto yo le preguntara á alguno de la servidumbre: Diga usted, ¿qué señora es la que durmió anoche en el cuarto número veinte?... me ponía en berlina y á dos dedos del escándalo. (Saca un periódico y se dispone á leer.) Lo mejor será resignarse y esperar los acontecimientos. (Sale don Joaquín por el fondo izquierda.)

ESCENA VI

DICHOS y DON JOAQUIN

JOAQ (Saludando.) Señoras...

CORO. Buenos días.. buenos días...

JOAQ. (A Margarita.) ¿Qué es eso? ¿Todavía no has ido á tomar el agua?

MARG No; hoy no voy. Pienso descansar un par de días. Además, se me figura que no me sienta.

JOAQ. Pues yo de allá vengo; y además he hecho cinco viajes de ida y vuelta hasta la entrada del puente, que hay una tiradita. Lo que es como á mí tampoco me siente, no será por no pasearla. ¡Hola, señor Salcedo, buenos días! (Acercándose al banco.)

SALC. Muy buenos, don Joaquín. (Empieza á desfilar el coro.)

JOAQ. Enterándose de lo que pasa por el mundo, ¿eh?

SALC. Sí, señor; por matar el tiempo.

JOAQ. (Sentándose á su lado y dándole en la pierna palmaditas cariñosas.) ¿Y qué? ¿Se pasó bien la noche?

SALC. (Escamado.) ¿La noche? (Tranquilizándose de pronto y contestando á las palmaditas.) ¡Ah! Sí, señor, ¡muy requetebien! Es decir, no toda la noche; pero, en fin, casi toda. ¿Y usted?

JOAQ. Así, así. De todo ha habido.

MARG. Joaquín, ¿vienes á tomar el desayuno?

JOAQ. Ahora; en cuanto descanse un poco. Vete tú si quieres.

MARG. Pues te espero; no tardes, ¿eh?.. ¿Vamos, señoras? (Vánse Margarita y el resto del coro.)

ESCENA VII

SALCEDO y DON JOAQUIN

JOAQ. Mi mujer, en cuanto empieza el veraneo y andamos de la ceca á la meca, ya está en sus glorias. Ha nacido para bañista.

SALC. Vamos (Vuelta á las palmaditas.), que usté también se divierte.

JOAQ. ¿Yo? En cuanto me sacan de mi casita y de mis costumbres, me aburro como un galápago.

SALC. Pues yo no me aburriría con una señora así, de tan buen humor, tan corriente, tan campechana...

JOAQ. Demasiado, amigo Salcedo. Por ser tan campechana y tan corriente me trae hecho un zarandillo. Pero ¿usted no es también casado?

SALC. Sí, señor; pero mi mujer es todo lo contrario precisamente. Tímida, apocada, modosita... ¡No hay quien la saque de su paso! Por eso yo tengo una enfermedad, que no sé cuál es, para salir en el verano á tomar las aguas y echar una canita al aire.

JOAQ. Pues sí que es ocurrencia. Porque justamente en los balnearios se hace una vida monótona y triste y ni sabe uno cómo gastar el tiempo.

SALC. Eso creerá usted. (Palmaditas cariñosas otra vez)

JOAQ. Pero ¿es que á usté le entretienen las excursiones en burro y el juego del volante?

SALC. No, señor; pero es que de esas cosas... salen á lo mejor otras cosas.

JOAQ. ¿Cuáles?

SALC. Pues... aventurillas, lances amorosos...

JOAQ. ¡Je, je! ¡Me río yo de los lances!

SALC. ¿Que se rie usted? Pues anoche, sin ir más lejos, me ocurrió á mi un incidente que... vamos, que todavía me estoy relamiendo de gusto.

JOAQ. ¿Sí, eh? Cuente, cuente.

SALC. Comprendo que cometo una indiscreción, pero reviento si no se lo digo á alguien, y usté es persona de confianza.

JOAQ. Sí, señor; venga, venga.

SALC. Ante todo, usted conocerá á todos los bañistas.

JOAQ Ya lo creo. Como que estoy aquí casi desde que empezó la temporada.

SALC. Y... ¿sabe usted quién es el que se aloja en el número veinte?

JOAQ. ¿En el nùmero veinte? ¡Anda! ¿Pues no lo he de saber?

SALC. ¿Sí? ¿Quién es? ¿quién es?

JOAQ. Yo.

SALC. ¡Canastos! (En el colmo del terror se desliza poco á poco del banco hasta quedar sentado en el suelo.)

JOAQ. ¿Que le ha pasado á usted?

SALC. No... nada; que me he escurrido. (¡Y tanto como me he escurrido!) Pero... si no puede ser. ¿Está usted seguro?

JOAQ. ¡No he de estarlo, hombre!

SALC. ¿En el veinte? (Volviéndose al banco, pero más asustado cada vez.)

JOAQ. Sí, señor; en el veinte.

SALC. ¿Que está en el primer pasillo de la derecha?

JOAQ. Justo; en el primer pasillo de la derecha. Pero eso ¿qué tiene que ver con lo que iba usted á contarme?

SALC. No; nada absolutamente. Y... y anoche se acostó usté tempranito, ¿eh?

JOAQ. No, señor; ni temprano ni tarde.

SALC. ¿Eh?

JOAQ. Porque no me he acostado esta noche. Salí ayer á ùltima hora y no he vuelto hasta las ocho de la mañana.

SALC. Ya, ya. Conque ¿á las ocho? (¡Era su mujer! Y yo le estoy dando palmaditas á este hombre... ¡Soy un canalla!)

JOAQ. Conque, vamos, siga usted con su aventura.

SALC. ¡Ah, sí! mi aventura. Pues... verá usted. Estaba anoche en el casino cuando... (¿Qué me habrá pasado á mí anoche en el casino?)

NARC. (Dentro) Sí, sí; aquí está don Joaquín. Anda, Nicanor.

SALC. (Nicanor ¡bien venido seas! ¡Me has quitado la soga del pescuezo!)

(Sale D.ª Narcisa por el fondo izquierda.)

ESCENA VIII

DICHOS, DOÑA NARCISA y DON NICANOR

NARC. Buenos días, señores.

JOAQ. Felices, doña Narcisa. (A Salcedo.) Conste que no le perdono á usté la historieta.

SALC. No, señor, no; ni yo tampoco me la perdono.

NARC. Vamos; anda un poco más de prisa, hombre.

NIC. (Dentro.) Ya voy, mujer, ya voy.

NARC. ¿Es que te dura la desazón todavía?

NIC. (Saliendo despacito, apoyado en un bastón grueso.) No, no; ya se me ha pasado del todo.

JOAQ. (Levantándose para saludarle, mientras Salcedo vuelve á echar mano del periódico.) Pero ¿qué es eso? ¿Es que ha estado enfermo el bueno de don Nicanor?

NARC. Nada, don Joaquín; la indigestión de costumbre.

NIC. ¿Qué quiere usted? No lo puedo remediar. ¡Soy fanático por la langosta!

NARC. Y con ese motivo se ha llevado y me ha dado á mí una noche de perros. No le digo á usté más sino que, á eso de las tres de la madrugada, creyó que se moría y se empeñó en ir á buscar al médico. ¡Y que había de buscarle él mismo, para no perder tiempo en que le llamaran y viniera!

NIC. Por cierto que no adelanté nada, porque para recetarme una taza de te me entretuvo más de media hora, ¿verdad?

NARC. Ya lo creo. ¡Como que creí que no volvías!

SALC. (¡Anda! ¡Pues si te entretiene un poco más me pescas en el pasillo!)

NARC. Pero, en fin, á lo que venimos no es á eso.

JOAQ. Usted dirá.

NARC. Venimos á que yo tengo que tratar un asunto muy grave con el administrador del establecimiento y, como siempre estamos dándole quejas, no me atrevo á ir sola con éste porque no nos va á hacer caso. Por eso he pensado que haga usté el favor de venir con nosotros. Porque usté es bañista antiguo, persona de autoridad y de respeto, y no podrá menos de atenderle

JOAQ. Estoy á su disposición, señora. Y... ¿de qué se trata?

NARC. ¡Ay don Joaquín! ¡de una cosa horrible! De que si seguimos así, nos vamos á tener que marchar del balneario las personas decentes.

JOAQ. A ver, á ver.

NARC. Usted sabe que aquí ha venido siempre gente muy buena, que nadie ha dado que decir y que podíamos vivir tranquilas las personas honradas.

JOAQ. ¡Cómo! ¿Y ahora no?

NARC. ¡Ahora no! porque entre los bañistas nuevos hay sin duda alguno tan desvergonzado que ni el temor al escándalo le detiene. Pero ¿usted no sabe lo que ha pasado esta noche? ¡Si no se habla de otra cosa!

JOAQ. Pues no sé una palabra. ¿Y usted, señor Salcedo?

SALC. ¿Yo? No, ¡nada tampoco!

NARC. Pues que un camarero ha visto á un caballerete huir por un pasillo en una disposición y de tal manera... que no dejaba lugar á dudas.

SALC. (Ya estoy yo en danza.)

JOAQ. Pero si le ha visto un camarero ya se sabrá quién es.

NARC. Pues ese es el caso: que dice que no le ha conocido. ¡Como le habrá dado una buena propina!

SALC. (¡Que más quisiera él!)

JOAQ. ¿Y de ella? ¿Tampoco se sabe nada de ella?

NARC. Saberse de seguro, no. Pero se tienen indicios y algo más que indicios.

SALC. (¡Se lo va á soltar al marido en sus propias narices!)

NARC. Se cree que es una camarera.

SALC. ¡Je, je!

NARC. ¿No lo cree usted?

SALC. Sí, pero es que me hace gracia lo de la camarera.

NARC. Pues á mí no me hace ninguna. Y por eso quiero que se descubra la verdad y se ponga el remedio. Porque nadie está libre de una sorpresa, y si con esas bascas que le dan á éste me quedo sola alguna vez y ese salvaje se equivoca de cuarto...

SALC. (¡No lo permita Dios!)

JOAQ. Tiene usté razón. Vamos allá cuando ustedes quieran.

NARC. Y usté perdone la molestia, don Joaquín.

JOAQ. Señora, ¡por Dios!

NIC. Esta se pone tan pesada...

JOAQ. Guíen, guíen ustedes. (Vanse Narcisa y Nicanor por donde vinieron.) Hasta después, amigo Salcedo. Tenía usté razon: También en los balnearios hay aventurillas.. (Medio mutis.) Hombre, y ahora que caigo. ¡A que ha sido usted el de...!

SALC. ¡Calle usté por Dios! ¡Lo mío es otra cosa!

JOAQ. Ya me lo contará usté luego ¿eh?

SALC. Sí, señor, sí, (Vase don Joaquin tras los otros.) ¡Camarera! ¡No tienes tú mala camarera! Y ese demonio de mujer va á revolver Roma con Santiago hasta que se averigüe todo. No me queda otro recurso que hacer la maleta y salir á escape, porque don Joaquín es un excelente sujeto, pero por mucho que lo sea no tendrá más remedio que degollarme... ¡Qué lástima! Ahora que podia yo tan ricamente pasar el resto de la temporada. ¡Hola! Aquí viene la *interfecta*. Y que parece que vale mucho, pero vale más de lo

que parece. Voy á descubrirme. Que sepa que el recuerdo no se me borrará en toda la vida. (Sale Margarita por la primera izquierda.)

ESCENA IX

SALCEDO y MARGARITA.

MARG. ¡Ah! pero ¿no está aquí ya mi marido?

SALC. Acaba de marcharse con el matrimonio del diez y nueve á desempeñar una comisión muy delicada. ¡Pero si usted quisiera oirme un momento!

MARG. ¿Por qué no? Usted dirá.

Música.

SALC.
Pues digo que en el mundo
suceden ciertas cosas
que, en fuerza de sencillas,
parecen prodigiosas;
que á veces hay dos almas
que vuelan sin fortuna
y en vano van buscándose
para fundirse en una...
Y al fin se encuentran, si lo dispone
la bienhechora casualidad.

MARG.
De ese discurso, y usted perdone,
no he comprendido ni la mitad.

SALC.
Pues viene á que usté sepa
que tengo mucha suerte;
que el lazo que nos une
será seguro y fuerte;
que, pase lo que pase,
seré siempre discreto
y nadie podrá nunca
saber nuestro secreto
ni las dulzuras que, poco á poco,
nos fué brindando la obscuridad...

MARG.
¿Qué dice este hombre? Se ha vuelto loco
y está ofendiendo mi dignidad. (Medio mutis.)

SALC. Por Dios, escuche.
MARG. Hable, ya escucho.
SALC. Todo en seguida
se va á aclarar.
(Con misterio.) ¡Soy el de anoche!
MARG. (Tranquilamente.) Me alegro mucho.
SALC. Si usté se alegra...
¡no hay más que hablar!
(Se lanza á abrazarla resueltamente. Ella le rechaza en el acto.)
MARG. ¡Atrás, caballero!
¿Adónde va usté?
SALC. No tenga usté miedo,
que nadie nos ve.
(Repite la acción y la sujeta la mano izquierda.)
MARG. Suélteme usted ó grito,
que hay un canalla
que por comprometerme
me tiende un lazo.
SALC. (Mimoso) Ya sé por experiencia
que usté se calla.
Conque, para propina,
venga otro abrazo.
MARG. ¡No le comprendo!
Suélteme ya.
¿Propina ha dicho?
¡Pues allá va!
(Con la mano que la queda libre le suelta un par de bofetadas de cuello vuelto con tal ímpetu, que le hace tambalearse y retroceder hasta quedar sentado en el primer banco de la izquierda.)
SALC. Si no está el banco
me tira al suelo.
¡Y este es el cutis
de terciopelo!
MARG. Si usté se empeña
repetiré.
SALC. Gracias, señora.
MARG. ¡Mándeme usté!

Hablado.

MARG. Y ahora, quietecito ahí, va usté á explicarme qué significa este atrevimiento.

SALC. Pues... ya se lo he dicho á usté antes. ¡Que soy el de anoche!

MARG. ¡Ya! ¡ya me figuro que es usted el de anoche y el de antes de anoche!, porque no creo que haya usted nacido esta mañana.

SALC. Chunguito, no, ¿eh? Una cosa es que usté trate de disimular, aunque estando los dos solos me parece una tontería, y otra cosa es que me haga usté creer que no se ha enterado de nada.

MARG. Pero vamos á ver, ¿de qué tengo yo que enterarme?

SALC. Pues, señor; ¡qué gana de que la regalen el oído! A ver si se acuerda usté de estos piropos: rica, cielo, gloria, quienquiera que seas, eres la mujer de mis sueños.

MARG. ¡Bah! ¡me los habrán dicho tantas veces! Conque explíquese usté de una vez, que ya pasa de broma.

SALC. ¿Todavía más? Bueno; pues lo que quiero decir es que el de la aventura de anoche... ¡soy yo!

MARG. ¡Ah! vamos. ¿De esa aventura que es la comidilla de los bañistas? ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Pues no sabe usté las ganas que tenía yo de averiguarlo!

SALC. ¡Ah! ¿tenía usté ganas? (Levantándose resuelto á abrazarla.) ¡Bendita sea usté mil veces, hermosota!

MARG. (Conteniéndole.) ¡Quieto!

SALC. Pues sí, señora; yo fuí el que entró por equivocación en el número veinte.

MARG. ¡Cómo! ¿qué? Pero ¿fué en el número veinte? ¡Pues esto es más chusco! ¡Ja, ja, ja, ja! Lo que se va á reir Joaquín cuando lo sepa!

SALC. ¿Joaquín? ¿Usté cree que Joaquín se va á reir mucho?

MARG. Ya lo creo. ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Y se lo voy á con-

tar ahora mismo! (Vase por el fondo izquierda riendo á carcajadas.)

SALC. ¡Señora, por Dios! ¡Eso no! Bien dice el marido que es demasiado campechana. ¡Señora! ¡Señora! (Váse rapidamente tras ella.— En seguida salen por la primera derecha Carmen é Isabel.)

ESCENA X

CARMEN é ISABEL

CARMEN. ¡Es aquél! Me parece que es aquél.

ISAB. Sí, señora; ese caballero es el señor Salcedo, el que ocupa la habitación número cuarenta.

CARMEN. ¡Infame! Y va siguiendo á una mujer como un loco. ¡Si ya me lo figuraba yo. ¡He hecho bien en venir!

ISAB. ¿Quiere usté que le llame?

CARMEN. Sí; llámele usté, aunque me va á dar mucha vergüenza que sepa que le he sorprendido.

ISAB. ¿Y qué le digo?

CARMEN. La verdad, que ha venido su mujer, que no le ha encontrado en su cuarto y que le espera aquí, en esta plazoleta. (Se sienta en el primer banco de la derecha.)

ISAB. Está bien. (Retirándose.) (Pues anda, ¡si supieras que todos están en que es él el del escándalo de anoche! A mí se me figura que no, pero cuando todos lo dicen... ¡Pobre señora!) ¿Desea usted algo más?

CARMEN. No, muchas gracias.

ISAB. De nada, señora. (Váse primera izquierda.)

CARMEN. ¡Ay! está visto que es incorregible, y que en cuanto se separa de mi lado no se vuelve á acordar del santo de mi nombre.

ESCENA XI

CARMEN, ISABEL, SALCEDO; al final DON JOAQUIN

Hablado.

ISAB. Ahí tiene usted á su señora.

SALC. ¡Carmen!

CARMEN. ¡Gracias á Dios! (Se abrazan en silencio efusivamente.)

ISAB. (¡Jesús! ¡qué modo de abrazar! ¡Cualquiera diría que no estaba deseando otra cosa! ¡Para que se fíe una de los caballeros! (Vase.)

SALC. Pero, ¿qué es esto?

CARMEN. Ya lo ves. Que he venido. ¿No te decía nada el corazón?

SALC. Sí; el corazón me decía que estabas en Guadalajara, porque está visto qne engaña algunas veces. Pero, ¡mira tú lo que son las cosas! hoy mismo iba yo á escribirte para que vinieras.

CARMEN. ¡Qué! ¿Estás peor?

SALC. No; estoy casi bueno; pero cada día me ponía más triste, echando de menos á mi Carmencita de mi alma. (Ahora sí que me tengo que marchar inmediatamente.)

CARMEN. ¡Embustero! No será eso verdad, cuando hace poco te he visto salir de aquí corriendo detrás de una señora.

SALC. ¡Ah, sí!... corriendo... ¡eso es! detrás de una señora. Pero, ¿á qué no sabes por qué?

CARMEN. Porque ella no te hacía caso.

SALC. Porque se la había caído el abanico, y yo, que lo había visto caer, la seguía, diciendo: ¡Señora! ¡el abanico! ¡Qué se le ha caído á usted el abanico!. . ¡Señora! ¡Señora!

CARMEN. Bueno hombre, bueno; no grites más. ¡Si ya te creo!

SALC. Pero, vamos á ver, ¿y cómo es que no me has avisado?

CARMEN. Pues, verás, porque se me ocurrió el viaje de repente. Como hacía cuatro días que no llegaba carta tuya, empezamos á sospechar si te ocurriría algo grave, y mamá me dijo: ¿Por qué no tomas el tren hoy mismo y te vas á verle, para tranquilizarte?

SALC. ¿Tu mamá? ¿Qué buena señora! Y... ¿cuándo has llegado?

CARMEN. ¿Que cuándo he llegado? ¿Dices que cuándo he llegado?

SALC. Sí, mujer, sí; no te atortoles. No creo que la pregunta tenga nada de particular. (Qué sosaina es la pobrecita!)

CARMEN. Pues, he llegado... esta mañana. ¿No hay tren por la mañana?

SALC. ¡Claro que le hay! Si no, ¿cómo hubieras venido?

CARMEN. Es verdad.

SALC. (Tontita del todo.) Y, mira, me alegro de que no hayas utilizado el de la noche.

CARMEN. ¿Por qué?

SALC. Porque.. porque de noche todas las horas son malas. (Y me hubieras puesto en un compromiso.)

CARMEN. Pues, sí, en seguida pregunté por tu habitación, no estabas, dejé allí el equipaje y buscándote para darte una sorpresa llegué aquí cuando... cuando á aquella señora se la había perdido el abanico.

SALC. Eres un ángel, Carmencita. ¿Y qué? ¿No te has desayunado?

CARMEN Todavía no.

SALC. Pues mira, diremos que lleven el desayuno á mi cuarto, es decir, á nuestro cuarto, para celebrar solitos tu venida: ¿quieres?

CARMEN. Lo que tú digas.

SALC. Sí, sí; solitos. (En el comedor todo el mundo me mira á la cara.) Pues anda, dame el brazo para que se entere la gente de que está aquí mi mujercita.

CARMEN. Pero ¿de veras no te enfadas?

SALC. ¿Enfadarme? ¡Qué tonta eres? Al contrario. ¿No te digo que iba yo á llamarte hoy mis-

mo? (Al marcharse por la primera derecha aparece don Joaquin fondo izquierda.)

JOAQ ¡Señor Salcedo, señor Salcedo!

SALC. ¡Oh, don Joaquín! ¿Qué hay?

JOAQ. ¿Puede usté concederme dos minutos, con permiso de la señora?

SALC. No faltaba más. Con muchísimo gusto. (¡Hum! no me gusta nada esta llamadita.) (A Carmen.) Mira, puesto que ya conoces la habitación ve y espérame en ella. Voy á ver qué tripa se le ha roto á este caballero.

CARMEN. Pero, por Dios, no tardes mucho.

SALC. Lo menos que pueda. (¡Como que malditas las ganas que tengo de quedarme.) (Vase Carmen saludando con una inclinación de cabeza á don Joaquín.) Hasta luego, rica.

ESCENA XII

SALCEDO, DON JOAQUIN; al fin ISABEL

SALC. Don Joaquín, á sus órdenes. ¿Quiere usté que nos sentemos?

JOAQ No es preciso, porque voy á ser breve. Las entrevistas fastidiosas, cuanto más cortas mejor.

SALC. ¿Fastidiosas? ¡Caramba, don Joaquín! Me está usté alarmando.

JOAQ. Y hace usté bien en alarmarse, porque lo que tengo que decirle es bastante serio.

SALC. ¿Sí? (¡Vaya por Dios! Desafío en puerta y coscorrones á la vuelta.)

JOAQ. Y crea usted que siento de veras dar este paso, pero no me queda otro remedio.

SALC. (Claro; lo que yo decía. No le queda otro remedio que degollarme) Y... ¿de qué se trata? Porque comprenderá usté que estoy con el alma en un hilo.

JOAQ. Pues descuélguela usté porque lo va á saber en seguida. He hablado con mi mujer; ¡no le digo á usté más!

SALC. (¡Se empeñó en contárselo!) ¡Vaya, vaya!

Conque... ¿ha hablado usté con su mujer? Y... ¿qué es lo que le ha dicho?

JOAQ. ¿Qué me ha de decir? Todo.

SALC. ¿Todo, todo?

JOAQ. Todo.

SALC. (¡Pues sí que es fresca la buena señora!)

JOAQ. De manera que no tiene usté que contarme su aventura porque la sabe hasta el cocinero. Por lo cual comprenderá usté cuál es mi misión.

SALC. Sí, señor, sí; la comprendo. ¡No la he de comprender! Pero le advierto á usté que á lo mejor es más el ruido que las nueces. Porque... vamos, en resumidas cuentas... ¡ya se lo habrá dicho á usté su mujer! lo que pasó anoche no fué casi nada.

JOAQ. ¿Qué está usté diciendo? Mi mujer no sabe lo que pasó, pero no querrá usté hacerme creer ahora que estuvo rezando el rosario. Los incidentes no me importan.

SALC. ¿Que no le importan á usté los incidentes? (¡Pues también el marido es de oro!)

JOAQ. Lo que me molesta un poco, naturalmente, es que el lance ocurriera en mi habitación. Porque eso indica, por lo menos, un abuso de confianza.

SALC. Sí, señor, sí; por lo menos eso indica. (¡Qué marido más agradable!) Pero tenga usté en cuenta que... vamos, si la señora hubiera dicho siquiera «¡Eh! ¿Dónde va usté?» puede que yo me hubiera acobardado y...

JOAQ. ¿Qué señora?

SALC. ¿Cuál ha de ser? La .. la de usté.

JOAQ. ¡Señor Salcedo! ¿Qué es lo que usté se figura?

SALC. (La enredamos, Pepa).

JOAQ. Si mi mujer se hubiera quedado en el cuarto, ¿iba yo á estar ahora gastando saliva? El primer aviso para usté hubiera sido un balazo en la nuca.

SALC. ¡Caray! ¡en la nuca precisamente! Sí, sí; y hubiera usté hecho bien; no sé lo que me digo. Pero entonces ¿es que no están ustedes ya en el número veinte?

JOAQ. Sí, señor; estamos. Pero ya le he dicho que ayer tuvo mi mujer el capricho de que nos fuéramos á Santander, de donde hemos vuelto esta mañana.

SALC. ¡Pues es verdad que me lo había dicho usté! ¡Qué cabeza la mía! (Por eso se burlaba ella de mí). De manera que .. ¿ve usté cómo la cosa no tuvo importancia? Ahora resulta que en la habitación no había nadie.

JOAQ. Eso de que no había nadie... ¡demasiado sabe usté que es un cuento! Y por ser un cuento es por lo que traigo para usté un encargo que no le va á hacer mucha gracia.

SALC. Hable usté, hable usté. ¿De quién es el encargo?

JOAQ. Del administrador del establecimiento. Y ya supondrá usté cuál es, puesto que oyó los quejas del matrimonio del diez y nueve respecto al escándalo. Y como usted no lleva trazas de enmendarse...

SALC. ¿Quién se lo ha dicho á usté?

JOAQ. Yo; que acabo de verle amartelado con una señora,

SALC. ¡Eh, eh, don Joaquin, poco á poco, que la señora que usté ha visto era desgraciadamente la mía.

JOAQ. ¿Sí? Pues ahora le conviene á usté más seguir el consejo del administrador y marcharse á tomar baños á otra parte. ¡Su mujer de usté no va á tardar en enterarse ni quince minutos!

SALC. Como que estaba yo buscando una disculpa para salir en el primer tren; ¡no le digo á usté más!

ISAB. (Saliendo por fondo izquierda.) Don Joaquín.

JOAQ. ¿Qué hay?

ISAB. La señora le está esperando.

JOAQ. Voy allá. (A Salcedo.) ¿De modo que puedo tranquilizar á las damas honestas?

SALC. Y á las otras; si, señor; tranquilícelas usté á todas. Don Juan Tenorio pone tierra por medio.

JOAQ (A Isabel.) ¿Dónde me espera?

ISAB. En el comedor. Está terminando el desayuno.

JOAQ. Hasta luego ¿eh? Supongo que nos veremos.

SALC. No faltaba más. Iré á despedirme. (Vase don Joaquín.) Pues, señor... ¡lástima de ilusiones! Aunque más vale que no haya sido ella, porque á estas horas estaría yo con la bala en la nuca. (Isabel, que ha estado observando en el fondo hasta que don Joaquín desaparece, se acerca sigilosamente á Salcedo y le toca en el hombro.)

ESCENA XIII

SALCEDO é ISABEL

ISAB. Caballero.

SALC. ¿Qué pasa?

ISAB. ¡Chist! Hable usté bajo. ¿Es usté de veras el de anoche?

SALC. (¡Caramba! pues es verdad que lo sabe todo el mundo.) Sí, hija, sí; no adelanto nada con negarlo.

ISAB. Pues... (Recorre la escena para ver si viene alguien.)

SALC. Bueno; ¿á qué vendrán estas precauciones?

ISAB. No me comprometa usté ¡por Dios!, caballero.

SALC. ¿Eh? ¿Como?

ISAB. Y no se vaya usté á pensar de mí nada malo. Pero como entró usté sin hacer ruido y no me gusta escandalizar...

SALC. (¡Canastos! ¡Era ésta!)

ISAB. Caballero ¡por Dios!, ¡por Dios! no me comprometa usté.

SALC. Pero oye, muchacha...

ISAB. ¡Chist!.. (Vase corriendo por el fondo izquierda.)

SALC. Pero ¿cómo habrá sido? Y de ésta sí que no cabe duda. ¡Caramba! pues también es muy mona. ¡Eh, niña! ¡Espérate, niña! ¡Camarera! (Vase tras ella.)

ESCENA XIV

CARMEN; á poco SALCEDO

CARMEN. (Saliendo primera derecha.) Mi marido ha visto caer otro abanico. ¡Dios mío! ¡qué desgraciada soy! Ni aun habiendo yo venido se enmienda... Menos mal que no puede alcanzarla y vuelve!... Mejor. Ahora que puedo tener alguna disculpa es la ocasión de decírselo todo. Es decir, todo no, pero casi todo. Más vale eso que no que se descubra por otro lado. ¡Ay! ya viene. Tiemblo como si estuviera en el banquillo. Y es que mi situación es tan difícil .. (Vuelve Salcedo.)

SALC. ¡Carmen! ¿Aquí otra vez? (Esta me ha visto. No doy pie con bola.)

CARMEN. Sí; como tardabas, y aquel señor parecía tener que decirte algo grave, estaba intranquila.

SALC. Pues no era nada. Una tontería de aquel señor, que es algo extravagante. (Vaya, no me ha visto)

CARMEN. Y además, porque yo también tengo que decirte una cosa seria que puede que te disguste.

SALC. ¿Tú? ¿Una cosa seria? (¡Adiós! Ya le han ido á ésta con el cuento) Y ¿qué es ello?

CARMEN. Nada, que... ¡Ay! Si no sé cómo romper... ¡Estoy tan asustada!

SALC. Pues rompe, hija, rompe (Esta sosería me quema la sangre.)

CARMEN. ¿Te acuerdas de que te dije hace poco que había llegado esta mañana?

SALC. Sí.

CARMEN. Bueno, pues... no he llegado esta mañana.

SALC. ¿Que no?

CARMEN. He llegado anoche. Pero como quería darte una sorpresa...

SALC. (Nada, que lo sabe todo) Sigue, hija, sigue.

CARMEN. No quise preguntar por ti y pedí un cuarto cualquiera para pasar la noche. Me contestaron que no había ninguno disponible. Pero una camarera muy guapa... ¡esa misma que corría delante de ti!

SALC. Bueno, bueno; no embrollemos la cuestión. Adelante.

CARMEN. Me dijo que si no decía una palabra podía ocupar la habitación de un matrimonio que había ido á Santander para no volver hasta el otro día.

SALC. ¿Eh? ¿Cómo? .. ¡Ah! ya caigo. Y tú no te atreviste á aceptar, y la camarera te cedió su cuarto y ella se quedó en el del matrimonio. ¿No es eso? . ¡Ya está explicado todo!

CARMEN. ¡No! no es eso. Porque sí que me atreví... No creí que hubiera ningún mal en ello.

SALC. ¿Que tú? ¿Que fuiste? (¡Ay! me va á dar una apoplejía.) Pero entonces, ¿cómo se entiende lo de la camarera?

CARMEN. ¡Yo qué sé! El caso es que he dormido en el número veinte.

SALC. ¿Tú? ¿Conque eras tú? (Furioso.) ¡Infame! ¡perjura! ¡infiel! Ahora mismo tomas el tren y te vuelves á Guadalajara con tu señora madre.

CARMEN. Pero ¿qué dices? ¿Te has vuelto loco?

SALC. Lo que me he vuelto es otra cosa. (¡Yo mismo! ¡Y he sido yo mismo!)

CARMEN. Pero si no te he dicho nada todavía...

SALC. Ni falta que me hace. Lo demás me lo sé de memoria. Que entró uno de puntillas, que apagó la luz, que tú. .

CARMEN. Creí que era un ladrón y no pude gritar porque se me puso un nudo en la garganta. Pero luego me tranquilicé en seguida.

SALC. ¿Sí? ¡qué monada!

CARMEN. Porque se acercó y me dijo: «Rica, cielo, gloria. Quienquiera que seas eres la mujer de mis sueños.»

SALC. Justo; ¡las mismas palabras! ¿Y después?

CARMEN. Después... nada de particular.

SALC. ¡Ah! ¿conque nada de particular? (¡Y me quejaba yo de sosería! ¡Toma salero, anda!)

CARMEN. Te juro por lo más sagrado que...

SALC. A mi no me vengas con juramentos, ¡ea! porque hasta aquí llegamos. ¿Sabes quién fué el que te llamó rica, cielo, gloria? ¡Yo!

CARMEN. ¿Tú? ¡Ah, infame! ¿De modo que en mi ausencia andas por los cuartos piropeando á las mujeres? ¡Ahora mismo me marcho á Guadalajara!.. ¡Dios mío, Dios mío! Tenía razón mi mamá. ¡Eres un monstruo!

SALC. ¡Atiza! Ahora va á resultar que soy yo el canalla.

CARMEN. Y lo eres, y lo eres, porque anoche creiste que yo era otra.

SALC. Justo, ¡y tú una mosquita muerta, porque creiste que yo era otro!

CARMEN. Pero yo tengo disculpa, porque soy una mujer débil y estaba asustada.

SALC. Y yo también estaba asustado y también soy débil. ¡Hemos concluído!

CARMEN. Justo. ¡Hemos concluido! (Llorando á lágrima viva se sienta en el primer banco de la derecha, donde no deja de gimotear hasta que se acaba la obra. Salcedo pasea furioso de arriba abajo; salen por el fondo izquierda don Nicanor, Margarita y don Joaquín.)

ESCENA XV

DICHOS, MARGARITA, DON JOAQUÍN y DON NICANOR.

JOAQ. Pero ¿qué es esto? (A Salcedo.)

NIC. ¿Qué le pasa?

MARG. ¿Ahora está usté furioso?

SALC. Y con razón. ¡Como que voy á pegarme un tiro!

MARG. ¡Jesús! ¿Por qué?

SALC. Pregúntenselo ustedes á esa señora.

CARMEN. No, no. Que no me pregunten nada (Margarita y don Joaquín procuran consolar á Carmen; don Nicanor se acerca á Salcedo.)

NIC. Comprendo su desesperación, señor Salcedo.

SALC. ¡Figúrese usté! Como que lo que me pasa á mí no le pasa á nadie.

NIC. Pero tranquilícese usté. Todo ello no ha sido más que una equivocación de la camarera.

SALC. ¿Eh? ¿Qué dice usted?

NIC. Lo que usted oye. Y puesto que á usté le puede importar poco... ¿qué trabajo le cuesta dejar que crean la historia para que mi mujer no siga haciendo averiguaciones?

SALC. ¡Canastos!

NIC. Yo se lo agradeceré á usté toda mi vida.

SALC. ¡Cómo! pero ¿es que usté?..

NIC. Advirtiéndole que fué sin querer. Iba en busca del médico, y como estaba loco de dolor me equivoqué de puerta...

SALC. Pues se ha salvado usté en una tabla. Porque si yo me equivoco donde usté y usté se equivoca donde yo .. ¡le pego á usté un balazo en la nuca! (Ya aprendí lo del otro.) (Siguen hablando bajo.)

MARG. (A Carmen.) Perdónele usté, señora. Al fin y al cabo, se trata de una camarera.

JOAQ. Y seguramente fué ella la que le atrajo anoche á su cuarto.

CARMEN. ¿Eh? ¿qué dicen ustedes? Pero... ¿también?... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

MARG. Vamos, no llore usté. Acérquese, señor Salcedo, y tranquilice á su señora.

JOAQ. Sí, hombre, sí; yo ya la he dicho que eso no vale nada.

CARMEN. ¡No! ¡no te acerques! Lo de la camarera no te lo perdono. (Margarita y don Joaquín pasan á segundo término al lado de don Nicanor. Salcedo se acerca á Carmen.)

SALC. ¿Cómo? ¡Caramba! Que eso no lo paso, ¿entiendes? Que en ese otro cuento no tengo que ver nada.

CARMEN. Sí, niégalo; niégalo ahora

SALC. ¿No lo he de negar? El de la camarera fué don Nicanor, que fingió una enfermedad para ir á ver al médico y dejó á su mujer plantada en el cuarto.

CARMEN. ¡Me engañas, me engañas! ¡Ay, Dios mío!

SALC. Pues no me faltaba más que cargar también con el otro mochuelo. (Abandona á su mujer y se une al grupo.)

ESCENA XVII

DICHOS, DOÑA NARCISA

NARC. (Saliendo por el fondo derecha.) ¡Hola! ¿Están ustedes aquí? ¡Jesús! No se junten ustedes con ese hombre. (Por Salcedo.)
SALC. ¡Pues está buena la Magdalena para tafetanes!
NARC. ¡Calle! ¿Por qué llora esta señorita?
MARG. Es la mujer del señor Salcedo.
NARC. ¡Ah! entonces lo comprendo todo. Despréciele usted, señora; no le haga usté caso. Más desgracia es la suya, que teniendo una esposa tan linda se va de trapicheos con las camareras.
CARMEN. (Sin dejar el gimoteo.) No; si no es por eso. El de la camarera no ha sido él.
NARC. ¿Que no?
CARMEN. No, señora. El ha hecho una cosa lo mismo de mala. Pero el de la camarera ha sido un señor que dijo á su mujer que se ponía enfermo, y...
NARC. ¿Y qué?
CARMEN. Y con el pretexto de ir al despacho del médico se metió en otra parte.
NARC. ¡Ay! ¡ay!
CARMEN. ¿Qué la pasa á usté?
NARC. A mí, nada. A él es á quien le va á pasar algo ahora mismo. (Llamándole.) ¡Nicanor!
NIC. ¿Qué quieres?
NARC. Hazme el favor del bastoncito, que me ha dado un calambre en esta pierna y creo que me voy á caer.
NIC. ¡Qué rareza! Pero no será nada, ¿eh? (La entrega el bastón.)
NARC. Nada. (Alzándole rápidamente y soltándole un palo.) ¡Toma, canalla, toma y toma! (Sigue sacudiendo.)

NIC. Pero ¿qué es esto? ¡Socorro! (Huye de ella sin sin saber dónde meterse. Margarita y don Joaquín procuran inútilmente evitar los golpes. Los cuatro corren por la escena como locos con este motivo.)

MARG. ¡Doña Narcisa!

JOAQ. Pero señora...

NARC. ¡Ya te daré yo langosta, ladrón!

NIC. ¡Socorro! ¡Deténgala ustedes!

NARC. Conque camareritas, ¿eh? (Huyendo el uno persiguiéndole la otra y queriendo intervenir los otros dos, desaparecen los cuatro por el fondo derecha.)

CARMEN. ¡Dios mío! ¡He deshecho un matrimonio!

SALC. Dos, hija, dos; porque el nuestro tampoco tiene compostura. ¡Señor! ¿por qué habrá salido esta mujer de Guadalajara?

Música.

TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.

El Grillo, periódico semanal, ídem íd. íd.

La gente menuda, ídem íd. íd.

El baile de máscaras, ídem íd. íd.

Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

La señá Condesa, juguete cómico en un acto y en verso.

La puerta del infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.

La moral casera, comedia en dos actos y en verso.

La lavandera, sainete en un acto y en verso.

Lucifer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La obra, juguete cómico en un acto y en verso.

El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La revista nueva ó la tienda de comestibles, sátira en un acto en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.

La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.

Sociedad secreta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con don Carlos Arniches, D. Celso Lucio y D. Fernando Manzano, música del maestro Brull.

La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.

Los pájaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maesto Caballero.

El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.

El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.

El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.

El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.

La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.

El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto, en prosa y verso, música del maestro Marqués.

La reina de la fiesta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Torregrosa.

Los inocentes, revista en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D José López Silva, música del maestro Estellés

La madre abadesa, boceto lírico en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Brull y Torregrosa.

La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.

Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope.

El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La espuma, comedia en un acto y en prosa.

El galope de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Ligerita de cascos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.

Lucha de clases, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Montero.

Mangas verdes, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montesinos.

El siglo XIX, revista lírica en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva y D. Carlos Arniches, música del maestro Montesinos

Jaque á la Reina, zarzuela en un acto y prosa, música del maestro Montero.

Don César de Bazán, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Montero.

Tierra por medio, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Chapí.

Quo vadis...?, zarzuela de magia disparatada en un acto, en verso y prosa, música del maestro Chapi.

Las caramellas, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Morera.

¡Plus ultra! (segunda parte de la zarzuela de magia disparatada *Quo Vadis...?*), en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La leyenda dorada, revista fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Su Alteza Imperial, zarzuela en tres actos, en verso y prosa, música de los maestros Vives y Morera.

El rey mago, cuento para niños, en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La obra de la temporada, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Valverde, hijo.

El placer de los dioses, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Pérez Soriano.

El paraíso de los niños, zarzuela fantástica infantil, en un acto, prosa y verso, en colaboración con D. Carlos Arniches, música del maestro Valverde, hijo.

La tribu malaya, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Vives.

La infanta de los bucles de oro, cuento infantil, en cuatro cuadros y en verso, música del maestro Serrano.

Los bárbaros del Norte, zarzuela fantástica en ocho cuadros, en verso y prosa, música de los maestros Chapi y Valverde.

Mari-Gloria, boceto de comedia lírica, en un acto y en prosa, música de los maestros Valverde.

El carro de la muerte, zarzuela fantástica extravagante, en un acto dividido en tres cuadros, en prosa, música del maestro Barrera.

La balsa de aceite, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

El talismán prodigioso, zarzuela fantástica, en un acto dividido en cinco cuadros, en verso, música del maestro Vives.

La ilustre fregona, zarzuela fantástica, en un acto dividido en siete cuadros, en prosa, música del maestro Calleja.

La moral en peligro, zarzuela en un acto dividido en dos cuadros, en prosa, música del maestro Lleó.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en las principales librerías y en el domicilio del autor, calle de Don Ramón de la Cruz, 21, hotel, á donde pueden dirigirse por carta los pedidos.

Se considerará fraudulento, para los efectos de la ley, todo ejemplar que carezca del sello del autor.

Precio: UNA PESETA